

Elixir estomacal

Llega a mis manos un libro titulado «La femme eunuque». Me lo ha recomendado mi departamento especial dedicado a la represión de la conspiración feminista. Lo dirige un antiguo bailarín que nunca fue nada del otro mundo como bailarín, pero, en cambio, siempre me ha dado pruebas de una fidelidad política impecable. Cuando penetra en mis habitaciones privadas del «bunker» siempre improvisa un paso de ballet porque se cree que me gusta. Hoy no ha sido una excepción. Mientras agitaba el libro con una manita al aire penumbroso de mi «living-room» de cemento armado, avanzaba sobre las puntillas de sus pies haciendo un horroroso ruido con sus viejísimos huescillos. Se había maquillado en palidete, con unas ojeras de mujer fondona y hepática. Yo le perdono el trastorno de repugnancias que me provoca su simple presencia, porque sé valorar su inmejorable intención.

—¡Jefecito guapo! ¡Mire qué le traigo, hermoso!

Mi único ojo movible se clava en su gelatinosa máscara de payaso y le paraliza el tembleque espiritual.

—¡Ay, perdóneme, jefe! He amanecido loca, loquita. Pero mire qué le traigo. Un librito carmesí de una pelandusca USA. Dice muchas brutalidades sobre cuestiones sex... ¡Ay, Dios mío!... ¡Qué vergüenza me da decir según qué palabras! Pero léalo, jefe hermoso que es un desacato contra el predominio del macho. ¡Qué guarras! ¡Pero qué guarras son estas tías del liberation! ¡Con la suerte que tienen! ¡Qué injusta es la Naturaleza, jefe! ¡Qué injusta!

Y se me echa a llorar, como siempre. Y como siempre, mientras lloriquea me mira de hurtadillas, calculando el momento en el que yo doy aceleración a mis ruedas para llegar a tiempo de darle una patada en la partida de nacimiento y evitarme su repugnante presencia.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué pupita más grande me ha hecho! ¡No volveré nunca más!

—¡Que me lo fusilen!

Grito yo, como siempre. Y como siempre, Martín Bormann, que hoy estaba disfrazado de campeón de billar tres bandas, ha comentado:

—No caerá esa breva.

Pero me he quedado con el librito y he empezado a leer. No he podido pasar de la página ochenta y dos. Inmediatamente he pedido la ficha correspondiente a la autora. El jefe de mi archivo ha reconocido, estremecido por el pánico, que la última feminista que tiene registrada es lady Astor.

la belleza progresiva que yo concebía. Exageré un poco en las medidas. Pero era una exageración simbólica. En los campos de juventud yo ayudé a que se desarrollara una ju-



LA EMANCIPACION DE LA MUJER



—¡Imbécil! ¡Inútil! ¡Que lo fusilen!

Mis más directos colaboradores saben que cuando yo me levanto fusilador, el día no acaba sin que fusile a alguien. Y además, si en mi pacífico camino se cruza un tema como el de las mujeres emancipadas, mi tentación fusiladora crece como el «soufflé». Vamos a ver. ¿Qué quieren esas «señoras»? En mis tiempos ya había conatos de relajamiento en la relación del hombre y la mujer. Yo lancé la teoría de que las cinturas de las mujeres alemanas debían medir un metro veinte. Esa es

ventud femenina sana. Las que eran guapas, merecían los honores de la reproducción. Las que eran feas, podían dedicarse a la política, a trabajos de asistencia social. Las que nada tenían que envidiar al doctor Frankenstein eran destinadas a vigilancia policial, por ejemplo, las guardianas de mis campos de selección de las especies. No había una mujer desocupada en Alemania y vivían contentas y felices. Pero, ¿qué ha ocurrido después?

Lavadoras, neveras, lavaplatos, píldoras anticonceptivas... ¿Consecuencia? Tiempo libre. Y nada hay peor para el cerebro que la inactividad. Entonces se piensa y se ponen en marcha los monstruos cerebrales, sobre todo en esos cerebros de razas degeneradas. Me gustaría saber cuánta «señora» judía hay detrás del Women's Lib. Yo creo que urge una toma de conciencia en el varón para que vuelva a ponerse los pantalones y suelte unos cuantos palos. Aún estamos a tiempo, y aunque los garrotazos hagan daño, más daño moral están haciendo esas insensatas

con su argumentación desquiciada.

Concebir esta solución y ponerla en práctica ha sido todo uno. He llamado a un especialista en asuntos femeninos más sensato que el bailarín y le he expuesto la cuestión.

—¡Mujeres! ¡Mariposillas locas que jugáis con los quereres y vais de flor en flor! —ha comentado el hombre.

—Hay que hacer frente a las women's lib.

—¡Muñecas del amor!

—¡Déjese de líricas y escúcheme! Hay que concienciar al hombre de que la subversión femenina puede ser tan peligrosa como la comunista.

—¡Y qué bonitas sois! Dígame, jefe, ¿qué condición es la humana que permite la supervivencia del deseo cuando ha muerto la potencia?

—Eso ya lo dijo Shakespeare.

—¡Qué cultura tiene usted, jefe!

—Basta de pelotilla. Lanza una circular a todos mis contactos del mundo. En clave: La casada, la pierna quebrada y en casa. Yo creo que si nos pusieramos de acuerdo con una cadena de superalmacenes y patentáramos un «garrote macho», de paso podríamos ingresar algún dinerillo. Garrote macho, un palo a tiempo y su mujer no se convertirá en una horrorosa woman lib.

—Un «slogan» impresionante. Pero creo que va a ser un fracaso, jefe. El hombre ha dejado de interesarse por la mujer. Han adelgazado tanto, que no llaman ya la atención. ¿Recuerda usted aquellas ancas de la agregada cultural de la Embajada austríaca? ¡Hermosísimas!

—Después ya recurriremos a la lucha dietética. De momento urge la toma de conciencia viril.

—Como usted quiera, jefe. Pero a mí me parece que la cosa está perdida.

Y ya que se ha empeñado, le he

Adolfo

